

Leonor García Hernando



# Tangos

Tangos del Orfelinato  
Tangos del Asesinato  
poemas

colección Mascaró

**Tangos del Orfelinato**  
**Tangos del Asesinato**  
poemas



LEONOR GARCÍA HERNANDO

**Tangos del Orfelinato**  
**Tangos del Asesinato**  
poemas

© 1999, Leonor García Hernando

Foto de Tapa: Marcelo Montecino

El libro en papel se realizó gracias a la generosa colaboración  
del Fondo Nacional de las Artes.



# TANGOS DEL ORFELINATO

*No hallarás nuevas tierras, no hallarás otros mares.*

*La ciudad te seguirá. Vagarás por las mismas calles. Y en los mismos barrios te harás viejo; y entre las mismas paredes irás encaneciendo. Siempre llegarás a esta ciudad.*

C. P. CAVAFIS

si el desastre fuese pudoroso conmigo,  
yo sería. pudorosa con él, supongo  
pero siendo así las cosas, yo también soy lujosa.

*Tener y no tener* sería la novela de mi  
pasión rota de lencería, inundada puntilla del corazón,  
*Tener y no tener*

si esa rubia de peinado violento sonriera  
con menos placer, la vida sería, en fin, menos canalla  
la camisa que la cubre de seda blanca no mejora un paisaje  
de lenta desviación  
y al fondo del mostrador, rancio, con anillo de sello en el  
anular que se hunde en ceniza, un hombre mira a su  
acompañante

*Mejilla a mejilla* sería la novela de mi  
pasión

*cheek to cheek* cantaría mi novela la  
voz de Sarah.



caricia de tu mano breve  
el placer, el desdén, el vínculo perverso que retiene a los  
desdichados en la pecera del abrazo  
breve  
el clima de la fiesta se pierde como aguas de riego entre las  
frangas del balcón.  
La fiesta se apagaba  
era el vientre de un insecto luminoso que se sostuvo un  
instante en el aire que encierran las manos de un niño

breve Tangos del orfanato.



el cabello cortado a navajazos sobre la  
frente  
y el largo paredón de la curtiembre para que los ojos  
miren agrandados en la delgadez del rostro  
sombra de las niñas expósitas sobre los  
pómulos  
soy la que mira con insistencia caer los granos de sal  
sobre la babosa que se disuelve en las baldosas del patio  
ahuyentar con la mano esos rotos  
mechones que molestan la frente  
soy la dejada con una manta en los hombros la tocada  
por la sospecha

me querías pecadora? Yo te daré indolencia  
semejante al destierro.



\_\_ esa blanda extensión de campo se ve  
desde la curva de la ruta  
murmurada en ajustados labios, estas palabras que a  
nadie atraen, que nada piden como otra respiración.  
Un alambre corta la planicie delgado arpón clavado en  
un horizonte esquivo temblores en un páramo errado.  
Se escucha rasante el quejido de los motores, exigidos por  
una velocidad que es pánico  
el pedregullo salta en la banquina escasa magros fuegos  
de artificio que se extinguen en lo que tarda un camión en  
recorrer la curva con su acoplado de bestias para entregar  
a los matarifes  
una palabra murmurada en ajustados labios

pronto la sombra apretará la tierra

desaparecerá el campo y las tenues flores de alfalfa en la  
intemperie cenizas que el viento afloja  
bocina atónita en el desvío de un muelle de cal  
¿seré tan triste como esa palabra que en  
mi boca se retuerce como un lagarto blanco?  
rosa de piedra en la boca de un lastimado

cenizas en la curva.



y ella dijo: \_\_ avanzar en la noche de  
pasillos circulares con una vela en la mano.  
A veces, un escalón de piedra me hacía tropezar hongos  
de un rosa viejo, cicatrices  
y después esa carpa de lona junto a las vías, un llanto de  
animales atados, la ráfaga con un quejido de ruedas  
girantes en carriles helados.  
La noche era hundida como un balde en un pozo.

Temblorosa llama. Las gotas de sebo impregnaban el  
vestido de viyela gris

era triste entonces?. Era descalza en un  
corredor con su extrema claraboya cayendo en el  
descampado?.

Supongo la mirada extraviada en una noche al fin plana  
sobre el pastizal  
y el miedo como una respiración en la nuca rapada

Atardecía cuando me cortaron la trenza. Cayó circular  
al canasto.



el devoto paso de los animales a las  
aguas.  
En plástica humillación, ese recorrido elude todo infierno.  
Ellos están mansos en su olfato. Conocen su deseo como  
nosotros las marcas de la frente

una tensión de bestias en el polvo  
y las lenguas pesadas, entregadas al paisaje que aguarda.

La huérfana soy yo entre los animales  
que embisten empecinados.

La huérfana soy yo sin mandato que  
termine con la sed  
soy la que está en el fuego de la estampida.

quizás en mi monedero sostenga,  
remota, un arma pequeña, de dama, adornada con  
incrustaciones de nácar

un instrumento cursi para matar.



un vestido de viyela opaca, con respuntes  
en los puños y el cuello que cae en envejecidos pétalos  
bordeando la garganta. En la pechera también respuntes  
y botones de un menguado azul.

Para ese tablero agrio de escarcha  
un derramado vestido en patios de invierno.

nada palpita en esta franja que la desidia  
absorbe  
una película que el ácido impregna  
revelaciones en un ámbito negro



y después ese tiempo de convalecencia  
el pabellón con una suave fila de camas de hierro frente a  
largos ventanales

ir hasta los vidrios con un rengueante  
camisón de franela cubriendo el deterioro

el campo es una helada curva hacia la ruta, el plateado  
sonido de los álamos, portones movibles que separan  
camiones tapados con lona, cortezas empalidecidas por la  
cal, las líneas de alambre manchadas de ligustro  
paisaje blanco espuma de la peste  
el cartel de chapa se agita en la intemperie, como la  
bandera de una patria se desparrama para cubrir el  
cuerpo de sus tullidos

un amargo olor quemado desprende la  
estufa con velas de loza entristecidas por el humo

las sábanas se derraman en los mosaicos  
sin orden. El ventanal dilata un páramo de arcilla  
empapada. Dibujos de agua adornan la tierra fría  
ventanal de La Matanza

tengo mi zapato en la mano  
de cordones apretando el cuero, de alta suela negra:  
un zapato de invierno.



la taza debe parecer excesivamente  
blanca en contraste con la boca pintada -- No deberíamos  
acercarnos a objetos tan nítidos

envuelta la garganta por un extenso  
pañuelo de gasa, todo rostro es más plácido y se esfuma  
como una lancha en esa agua extrema donde el cielo deja  
de fluir

no deberíamos acercarnos a objetos tan  
nítidos

una taza un sobre en el que la lengua impone un  
poder; las uñas esmaltadas de rojo y tres desnudas  
cebollas en el mármol

no deberíamos acercarnos a esa brusquedad  
del objeto que satura como un golpe

no deberíamos ser honestos en el terror.  
Mejor palidecer como esa línea de álamos en la tormenta.  
Mejor estar callada mientras la fiebre unta las sienes con  
grasa de ciervo

mejor esperar a que las hojas del nogal apacigüen el sendero  
de piedras rojas. Parques con una pálida herida de  
mármol pierden su agua rara, lastimosa hundimientos  
en la frondosa oscuridad.

no deberíamos acercarnos a objetos tan  
nítidos.

Zonas que no conocen piedad.



ortigas quiere la desilusión ortigas en  
canastos con tierra removida y la boca de mi padre  
hablando de los muebles de entre los que me sacó

*“un remate, decía, de muebles rotos, sucios,  
desclavados. Ahí estabas dormida y te compré”*

\_ ¿cuantas monedas, papá, quitaste de tu chaleco para mí,  
por mí?

*“pocas, hija, pocas”*

\_ ¿debo entonces unas monedas eternas?

el murió hace ya 6 años. Un hombre  
viejo, rencoroso. Pasaba días sin afeitarse.



como si un hombre entrara a una habitación  
y encontrase el brillo de un animal hundido entre  
bambúes agudos  
y la respiración de lo que sufre fuese el deshacerse de un  
papel que el fuego consume entre los dedos  
y la mujer \_\_ ese animal enfermo \_\_ pidiese agua con los  
labios abiertos hacia la noche que es tinta en los vidrios de  
la ventana

como si un hombre entrase y cerrara tras  
de sí la puerta.

El hombre se completa afirmándose en una herida que  
sabe vulgar

la susurrante erótica es sólo ese estorbo entre bambúes.



un cuerpo lastimado está tendido, boca  
abajo, sobre mi pecho. Un calor de sangre se derrama en  
mis piernas el calor de un cuerpo que olvidó la  
vanidad y sólo descansa

el desdén muerde del corazón como de  
una escudilla el perro de la casa. La rotura que la lluvia  
hizo en el techo está sobre mis ojos

si se dilata luz que el foco arroja, ya no  
tendré verdad, ni mentira

el pudor requiere de tenues construcciones.



de aquel hombre no le creo la herida.  
Cuando la cicatriz estire una línea de escurridizos bordes  
llameantes  
tampoco creeré su herida.

¿por qué confiar?. Si yo hubiese sido así  
lastimada, a nadie le daría una verdad  
ni daría dátiles. No le daría nada a nadie.

los desesperados no son confiables. Sería  
un idiota el que arriesgara por mí su moneda. Sería un  
encandilado por el quejido por el frenesí del que ruega  
calmantes con labios blancos.

no hay gloria ninguna en la mutilación  
ya no creo en heridas. No creo en la sangre derramada.

El viento se retuerce entre altos pastos. Los jugadores de  
cartas miran sus diamantes y saben que es poco.

Las aguas turbulentas golpean ventanas opacas, de  
vidrios empañados por un aliento roto y esa mirada  
desvalida del que perdió, se entierra en mi garganta como  
una respiración intrusa.

de su herida no es cierto el tajo ni el  
olor de la gangrena ni la navaja que como un pez sutil,  
ha quedado en el acuario negro de mosaicos.

Sólo esa manera de aproximar el cuerpo  
al lavatorio, de raspar con una esponja la falta, tiene algo  
de verdad

y no es amor lo que pierde la herida,  
no es la fatalidad de una pasión insensata.

Es sólo sangre.



El gesto que con la mano en alto, los dedos molestando  
el aire, dice adiós  
es el gesto de las mutaciones  
devorado por la intensidad de los aviones que cruzan la  
pista.

No volveremos a estrecharnos las cabezas desnudas  
bajo la ráfaga.

No volveremos.

Somos el desesperado giro del insecto tocado por el  
veneno.



y ella dijo: \_\_ sueño y desorden. La noche  
me da estos frutos porosos.

No me quejo del azar.

No me quejo del llanto de los animales atados,  
ni del hambre de la noche que come los objetos y los hace  
carne de su oscuridad

y ella dijo: \_\_ se supone que hay algo  
pesado en mi corazón.

Mis piernas son blancas, sin solear y de una pereza que es  
la turbia apariencia de la sangre.

Se me supone iluminada de frialdad y de astucia;  
en el desorden pero estéril,  
acabada por un aprendiz que hizo lo que pudo.



y ella dijo: \_\_ no verás las hiedras de la  
inquietud,  
ni de las piernas ese luto de medias retornar su lento flujo  
hacia los tobillos  
del corazón su aspecto de cuchara de alpaca no será para  
que te ofrezcas como un moho  
ni dejaré el cabello caído como otro rastro de sangre en la  
madera.





estoy rota de asperezas. Conocer la  
trampa adelgaza los tobillos en la maleza. La belleza del  
iluso es promiscua entre dientes. La sangre confunde  
se vive de devoraciones. Se vive de pobres resultados  
si la tensión entre sorpresa y desilusión  
fuese otra, ¿qué haríamos recorriendo el cementerio de  
automóviles?

Paseamos entre el engarce lujoso de viejas carrocerías,  
cuerpos que la velocidad arrojó entre chatarras flores  
consagradas de herrumbre y menstruación blancos  
crecimientos de corpiños y faros pedazos de lo que el  
clima agotó.

Sin responsabilidad se podría repetir la historia del  
crecimiento desde la medias embebidas en callejones de  
adobe y lluvia.

y ella dijo: \_\_ todavía rastreo la rotonda  
donde se desmayaban los ómnibus, sus macabros olores a  
comida y abandono y la triste acumulación de diarios  
junto a la chapa.

Nacimos para retroceder hasta este lugar de encono.  
Algo del humillado deslizarse del escarabajo sobre  
acumulaciones de turba.

Esa musiquita que supura el altoparlante del parque,  
me puso enferma estoy de tobillos torcidos, de lenguaje  
errado y vamos hacia la intensidad de una pared que fue  
azul y ahora es ceniza fría  
el relato de estas heridas

unos pocos objetos devorados con nosotros; amantes y  
escombros  
y crónicas de los cuerpos desnudos en las zanjas.



y ella dijo: \_\_ mira el desorden en el  
espejo. Es mi rostro ese paisaje de arcillas húmedas, esa  
confusión de ramajes en la niebla.

Quítame ese miriñaque bajo la camisa de viyela gris  
quítame el deseo los amargos brotes del ligustro  
quítame los párpados y que la tierra pese sobre los ojos  
hartos

*\_\_ y después nena ¿vas a callarte?*

y ella dijo: después si me quitas el deber  
de apartar los labios y respirar,  
si me quitas el orgullo de la frente,  
si me deshaces como a una rosa manoseada por un enano,  
si me haces daño sí, por favor, repite ese bolero  
quítame la vida huérfana y todavía arrastraré mi  
mano para que la sientas fría sobre tu vientre.



y ella dijo: \_\_ no la dejes pensar

permite que la caja negra se hunda en aguas  
no la dejes arrimarse a las palabras como a  
un terreno anegado.

Ellos tienen el cierre de las braguetas abiertos y pierden  
credenciales con números errados

¿qué juego están haciendo?

no se llevan las avispas que andan en los frutales

y los muñecos de felpa no duermen en los parabrisas  
reventados

está anocheciendo en Austria pero ella no  
debe pensar; no debe abrigar sospechas sobre botellas  
caídas en el mármol

y ella dijo: \_\_ son pasajeros en un taxi. No la dejes hablar.

Ellos protegen su locura con bocas vestidas  
¿quién es ella para olfatear al animal que se  
agita?

los desolados arriman sus frentes en el vacío  
y la vida es esa cruel mirada femenina sobre las manos  
que tiemblan.



# TANGER

*puerto al norte de Africa  
prostíbulo al sur de Buenos Aires*

animales del desierto  
huesos de la noche helada en arenas inmensas brillan  
como rústica nieve  
insisten en blanquear en la noche esférica  
alucinan como gasas de hospital caídas en un balde eterno  
animales de la pobreza  
huesos de fósforo frío fulgor de lo que inmóvil envejece  
con una acumulación intensa de desprecio  
una lepra del paisaje que el “pampero” raspa,  
animales del ardor  
espinazos de un agua consumida y la luna astillada como  
otro hueso en el cielo seco

Tanger animales del prostíbulo  
el puente pesado de camiones y reses que pierden su  
sangre trágica en la velocidad  
animales del calor que fermenta  
del invierno que rasura las uñas con espuma rancia  
animales del desorden  
de lo que espantado, exige de los bordes otra dulzura que  
no está  
animales de presa de largos cuellos  
dóciles, de gruesos hocicos ávidos

huesos de la belleza

lo que dura en la intemperie vasta y alumbra los túneles  
con los lánguidos tallos de luz de las antorchas

huesos frágiles

animales del pudor      de enrojecidos  
pómulos silvestres, de cielos ingravidos sobre pastizales  
mansos

animales de la infancia      en Tanger  
en los focos purpúreos frente a los espejos  
ciruelo de flores nítidas  
y esos hombres acodados a un mostrador que es humo  
los ojos desbastados, ilusos      la lengua como un naipe  
pesado  
hombres marcados contra muros blancos de hospicio  
con una sed que calma el gin y otra sed que persiste como  
una cicatriz  
bajo las arcadas el cementerio de automóviles y esos  
animales del desastre  
con camperas de un hule agobiado  
un perfume a violencia      el pulgar sellando muslos  
ceñidos en redes negras      sentados perplejos en bancos  
del lupanar

animales de Tanger.



ha sido una tarde espléndida sobre los  
viejos plátanos que rodean la terminal de ómnibus  
y ella dijo: \_\_no hay nada bueno que empiece por ser una  
herida.

No quiero esos obsequios miserables.

Era una niña de sienes desordenadas; una boca de  
labios gruesos acurrucada y saliente como una cornisa  
cuál era mi ofensa? qué perdería cerca de las lanchas  
que derivan? qué perdón no alcancé entre cortezas  
qué arrastrado manto, qué lunares y las palabras rarísimas  
caídas en el umbral helado?

y ella dijo: \_\_atardece con hojas de una pobre suavidad.

No es poco ser olvidado. Quedar como una cáscara en  
el verano del agua estancada.

No es poco tocar la repugnancia de tu madre al mirarte  
y saberse tan cercana al musgo, tan porosa y ataviada de  
vendas.

La tarde mueve sus pliegues    caballos de tinta que se  
acumulan    esta ilusión de porvenir y derrota  
nadie despide mi cuerpo

nadie pone su lengua en mi vientre

no quitarán mi blusa en las sombras. Las suaves  
construcciones de seda japonesa adherirán poco más que  
azulejos salpicados de sangre

y ella dijo: \_\_tenía una poética de lencería

qué hacer ahora con esas enaguas, esas caídas del satén en  
los tobillos?

tantos pliegues            el vestido de profundo escote para  
bailar sobre baldosas frías    el salón inmenso de tangos

donde he pedido  
y me quitaron más y más  
y todavía el pezón sobre el “cuore” lo han arrancado  
tantos pliegues un borde marcado de encajes  
mínimo telón para las piernas que se ocultan y aparecen  
es tarde en las hojas que oscurecen impregnadas.

Oculto por un antifaz, podría acercarme a las carrozas  
y collares de una palidez opaca, con sus lentos roces sobre  
la herida; consumen el paisaje inestable de la fiesta.

Queda el desierto con su almendro de leche  
y ahora, bajo los pliegues, el ancho cuchillo de cocina.



No tuve sueño. Otros dormían en largas camas despojadas.

Tardaba en regresar al Hotel para desnudarme.

Pude durar como un mostrador en el humo de la inocencia.

Había astillas que enganchaban las medias para dejarme suspendida como una araña de agudas patas violetas.

Había un pequeño ventilador sobre la mesa de luz y al rotar sus aspas, alguien murmuraba en la pieza  
qué olvidar? esa caja de víctimas que guardaba celosa entre enaguas esas adolescentes de acuario; sus delantales desaparejos, arrugados en el encierro  
éramos bellas en el secreto de un cuarto agrio niñas de mí bajo la hiedra pobres fotos arrancadas del relicario familiar.

Alguien bajaba las escaleras y las maderas del pasillo se estremecían.

El calor se podía tocar como el cuello de un animal.

Sonreía estúpida en el espejo del armario como quien sella con lacre la carta que confiesa una infamia.

No dormía. No tenía sueño. Deseaba que un asesino me visite y tenía 20 años

¿por qué no me lastimaron con un cuchillo?

estuve alerta bajaban las escaleras pero nadie las subía por mí

un blando perfume de violencia se sacudía como un insecto.

No tenía perchas. La ropa que lavaba se acumulaba sin planchar.

Deseaba ser vaga y misteriosa. Sólo atinaba a desplegar las manos en el lavatorio enjuagando pañuelos.

El invierno era azul en la ventana alta. No había  
paisaje. Un vidrio helado era imagen de luz y de borrasca.



y ella dijo: \_\_ estuve ausente en esos días  
de invierno.

Retrocede la sombra de la hiedra, como un culpable en el  
porche oscuro

y ajena a la rejilla que traga las lluvias en el patio  
estuve en otra parte. El mundo era vastísimo existía  
otro rincón donde entregarme y allí estuve; sumida en  
el temblor del acorralado.

Vuelve el verano como un animal lustroso y jadeante;  
empecinado en embestir la puerta de mi casa  
pero no estuve en los días de invierno. Necesito la helada  
monótona, el brusco descenso de la luz.

y ella dijo: \_\_ mañana otra vez es tarde.

No estuve frente a la estufa cuando repetía sus simulacros  
de fulgor. No estuve sobre el plato de estaño. Delineada de  
vicisitudes, mi boca era hambrienta, de una torpeza  
antigua

suponía roces de arenas,

suponía el ascenso en desnivel de las vías congeladas

y ella dijo: \_\_¿no es inútil recordar el

invierno en que dormía en otra estación aislada?

los contornos del banco en el andén se disolvían en  
sombra

y no era invierno

y ningún clima cierto me daba su apariencia.

Fui quitada de la razón  
apartada con sandalias en la nieve.

2

y ella dijo: \_\_sospecha de esas blancas  
formaciones femeninas, con mucho taco, con mucho rubor  
en los pómulos altivos.

Sospecha del rouge espeso que transforma la boca en  
trazos de profunda herida  
desconfía del raso, del satén, de aquello suave al tacto que  
desparrama en tu vientre, como una mancha de aceite, tu  
voluntad de asesinar  
sospecha de los primeros pudores y de las últimas  
lágrimas.

Si ella es rubia y procaz, desea ser reducida a escombros.

Si es oscura y caprichosa, no se calmará hasta tener un  
balazo apartando en mitades simétricas su larga garganta.

Padece esa suavidad sabiendo que su contacto es  
venenoso.

y ella dijo: \_\_dime horror que me calle !  
dame belleza y sabré ser estúpida.



y ella, dijo: \_\_aceptaré otro día tu invitación  
otro día, con otros ramos cayendo en adoquines  
otra invitación, a otras sábanas,  
a otro raspado paisaje que se demora inútil.

Tendré otro cúmulo de turba sobre mi boca,  
otro aire encerrado entre el corsé de láminas de vidrio y la  
piel como otra lámina de una revista antigua      viejas  
sofocaciones      rostros con pómulos iluminados por  
lámparas de estudio

y ella dijo: \_\_otro día tu invitación será estéril una y  
otra vez.

Si rozas la cicatriz en mi cuello sabrás de mi trato con  
otros criminales.

Si aferras mis muñecas la infancia caerá en un charco  
de sangre.



Anochece sin dejar rastros.

Elefantes de sombra crecen desde la estación y avanzan como pesada emanación de los trenes.

El calor se prende en los techos como un broche antiguo y en las terrazas, el alquitrán reblandecido se derrama como algo viudo que no encuentra orden

y ella dijo: \_\_han visto en la ventana mi cara de víctima. Es marzo. Pronto mis amigos bailarían boleros en el patio y es engaño esta liviana alfombra de hojas en la vereda ancha.

Anochece y no quedan restos.

Se aglutinan las voces en un fango de palabras. Durante días llovió en Once y ahora el barro perdura.

De aquellas tardes, el resplandor del agua en las calles, el viento agrio que apartaba y manoseaba las piernas de mujeres fijas en la intemperie como un contorno en una moneda, los zapatos con una humedad de pozo y la tristeza con su resuello de animal carneado.

Pronto los amigos bailarían boleros en el patio porque es bello querer en vano y girar en baldosas frías.

y ella dijo: \_\_el columpio en la nieve continúa quieto. Nadie te recuerda con zapatos blancos izada como un trapo rendido.

Nadie repite tu nombre con rencor

nadie te imagina,

lenta y delgada como una cinta de pasto crecida en el fango.

Anochece y los escombros se hunden en la fuente del parque.

Recibe de mí este arduo quitar las hojas secas de la hiedra.

Los animales que maúllan entre arbustos, quítalos, no les permitas continuar en mi nuca implorando  
recibe de mí este lastre: la saliva de las enamoradas  
corroyéndose en las bocas de piedra y aún el musgo que  
cargan los objetos deslucidos y ajenos.

Se repiten las luces curvas de las lámparas en mitad del  
empedrado. Se detienen los ómnibus en el galpón helado  
y la pena es ese columpio vacío sobre la nieve.

Recibe de mí el aullido de cachorros atados; sus hocicos  
húmedos que olfatean la sangre de los lastimados como  
algo familiar  
y entonces toma de mí el sombrero que oscurece la boca y  
la enagua que resbala por los muslos como mercurio sobre  
una mesa de billar.

Toma de mí esa inocencia: aceptar las caricias del  
asesino.



# TANGOS DEL ASESINATO

*Desde la mitad de su crecimiento las mujeres son  
cuidadosamente envenenadas*

MAX ERNST

Todo es desorden.

No pidas otro lugar que aquel espacio de cardúmenes.

No devores otro pan, otro licor de sueño.

No pidas otro rencor que esta mesa que tanto has codiciado.

Yo no soy tu pesadilla y no puedo consolar el cansancio de los materiales.

¿Para qué deseas tu pequeña maceta con tulipanes misteriosos?

¿y las alfombras de pesada lana donde los pies se deslizan como algas en la oscuridad del mar para qué?

Yo soy la que te dice que tu suerte es poca cosa. Sólo la trivialidad de tus cabellos cepillados para que brillen hoy en la tormenta.

estúpida noche estúpida en todas sus ventanas sus bancos de cemento en parques vacíos. Llueve con agitación

no hay horror si uno respira con suavidad sobre los vidrios. El paisaje se empaña. Regresan las hojas del nogal apretadas por el remolino

y este rincón, esta mesa de estuque rojo, parecen ser pasión de muchachas advenedizas. Las invitaría a retirarse si la calle no fuese tan brutal; pero estos pasajes que perfuma la mandrágora no abrigarían a unas muchachas que se alejan con perlas en las orejas.

No soy tu araña de gruesas patas angulares. No soy tu destino errado.

Responde al terror con otro veneno en los labios.

Cuando miras a tu padre romper botellas contra el marco de la puerta cuando tu madre se mueve con un arrastrar de toallas en el pasillo y los niños están con sus opacas cabezas cubiertas por una sábana de lino. Si tu hermana clava su mano con el huso de vidrio y la belleza la duerme agotada y la enfermedad palpita en esos dormitorios donde no quieres entrar porque ahí es pobre tu cuerpo, porque allí tus uñas crecen curvas y los muebles tienen esa suavidad inconclusa de la demencia.

No creas que mi rostro de barco es para esos corales.

No soy tu naufragio. No soy el fuego que mentía un faro en la playa de piedra.

La tormenta es inmensa sobre los autos estacionados en la avenida. Esa es la verdad: no queremos mojarnos se desbordan las alcantarillas, se deshacen los papeles arrojados por el paseante con dedos idiotas y una pasta hecha de sucios fragmentos, del reflejo de difíciles ojos impregnados; va cubriendo el asfalto de desviaciones.

Sollozar no sería dramático es tan escasa esta noche, tan ingratos sus mástiles banderas de cenizas sobre nuestros hombros desnudos las nubes se mueven estremecidas y pequeñas, frías luces disminuyen en sombra

y ustedes cuentan el gemido de la madre en el dormitorio de paredes bloqueadas. Ustedes, que han visto al padre golpear a la madre como un paisaje de campo desde la ventanilla del tren.

Ustedes que no han nacido y están rotas como los pequeños huevos de codorniz hurgados por la comadreja.

Yo no soy nada de esa corteza amarga que empujarán

contra los dientes, invierno comido por invierno. Sube los peldaños de la escalera y mira

yo no soy tu destino. Sólo soy la que lleva la vela en la mano e ilumina el descampado.

Además están los sencillos manteles las hamacas donde el sol ilumina tu cuerpo temeroso el amante que te obsequia un collar de perlas y al inclinar la cabeza, escuchas el sonido del broche cerrándose

los cuchillos que brillan sobre la mesa de la cocina, o el ruido de la loza en la pileta, serán todo el placer.

No soy tu destino. Siempre es amargo el deseo entre objetos olvidados. Soy la que atraviesa la escena con su candelabro de hierro

soy la que atraviesa descalza el monte fúnebre donde brillan los dientes de jabalí.



## LA INTENSIDAD DE LAS VICTIMAS

con guantes de encaje  
vienes a romper mi frente, mi aleta de nadar en la avenida  
sucía

¿qué quieres de mí, más que ese corazón  
que comes de entre enaguas?. Tu delgada cucharilla de  
plata escarba su lenta carne idiota.

No mires aún los círculos tristes de mi oído. No hables  
sobre la cabeza inclinada en el mimbre esta guillotina  
debe todavía? ¿cuántas monedas de púrpura fiebre?

la indigencia en túneles no es suficiente.  
Me quieres con el foco en la frente, como una muñeca de  
loza en el teatro cerrado  
este estrellado cielo contra mi nuca  
esta mano de tinta en el cuello quebrado

hay una intensidad en las víctimas

un esplendor en esos ojos alzados hacia el que ajusta un  
pañuelo de seda

hay una intensidad en las víctimas

en la sombría indiferencia con que levantan la frente

cuando la piedra es lanzada desde las terrazas  
una impresión de sello en lacre tibio.

He de dormir después atropelladamente un  
automóvil plateado sobre un gato tuerto, en la ruta a  
Dolores. Lo vi hace 16 años y el gato fascinaba con su  
único ojo abierto en el pavimento ardido. En la banquina  
blanda como un arrozal, el vapor saturaba los nervios. Lo  
brutal sucede tan rápido  
y ha quedado esa oscuridad del grisado asfalto extenso  
también en mi corazón  
detalles en los abismos flores que crecen rarísimas en  
la pendiente abrupta pétalos y agua fangosa que se  
estiran en un fondo atravesado el crimen que agita las  
sienes el sol contra el agua final de ese paisaje roto,  
para que llegue descalza la intensidad de las víctimas  
recuerdos que caen pesados y fatales en un deshacerse de  
plumas pequeño navío de velas pálidas que el  
atardecer consume suavemente  
detalles ¿sutilezas? pequeños bocados de un pan  
rancio desviaciones que son desgracia sólo para el  
desgraciado.

Otros pasan rasantes sin hundirse  
sólo los intensos resbalan con la espina dorsal arrancada  
como una mala hierba de entre los pulmones,  
los dedos negros de arañar terrones y el creciente cabello  
de los muertos en la noche de una tierra partida

puedo contar algunas cosas porque he  
dormido en vigas secas y puedo hablar de algunos  
sucesos que ocurren en las estaciones de tren al

contemplar a los amantes que tiemblan  
y puedo preguntar, sí, seguro que sí,  
puedo pedir alguna explicación porque la estafa ha sido  
altísima  
porque me han quitado dientes en los intervalos  
y perdí papeles en autos que sangraban una luz rojiza  
y puse mi rostro entre las uñas, sin poder respirar,  
pedí deseando verdaderamente que me den y no me  
dieron  
candelabros y fragmentos que el agua inunda bibliotecas  
en sótanos sumergidos algas en un temblor que es de  
rezo nocturno

yo no pedí venir a esta casa a esta  
división de las manos sobre materia ácida  
quítenme este sombrero de paja de la  
frente estas enaguas estas construcciones que me  
señalan

quítenme ese aire confuso ese olor a  
remedios en un cuarto cerrado y caliente ese manto  
sobre los hombros débiles y aún así la intensidad brillará,  
su rareza será un esplendor en la noche de ráfagas su  
estación será el verano de un agua estancada  
y todo por preguntar: ¿por qué somos intensas las  
víctimas?  
¿por qué nos distingue el daño entre los nadadores de la  
piscina?  
¿por qué vinimos al mundo para sostener un estuche de  
fósforo?

no pedí esta docilidad de las sábanas



hay elegidos para la caricia  
y hay elegidos para la navaja  
he dado mi luz en un pasillo que se hundía en puertas  
entre esos grises deteriorados de paredes que no se  
ventilan

es intenso el pasillo de los retenidos  
y es intenso y confuso el lecho de las asesinadas.



estamos abiertos otra vez un pequeño  
y húmedo batracio de piel lisa y ojos de desnudo  
azulejo vivo

y sin domesticar sin respetar los estiletes

eran ofrendas de musgo y papeles que  
se curvan al acercarlos la llama de un fósforo .Todo era  
tinta que se derrama, niebla sobre el pastizal que se borra,  
cuadernos viejos de tapas arrancadas

¿Dónde estás sabor de la noche, sorpresa de los baños  
con puertas escritas por rouge, carteles flojos en un viento  
de astillas fijas?

¿Me querías delatora? al fin contando las  
vergüenzas de una garganta acariciada al fin confesa

duerme sobre mi lengua, idioma que te  
pierdes en los asientos traseros de los taxis. Escombros de  
mi boca. Saliva de lentos mástiles. Bandera arrancada y  
tirada sobre el cabello de los muertos.

¿Me querías de uñas esmaltadas, estúpida, de tacos  
dejados en la escalera? ¿Me querías estimulante en una  
sábana cruda, mordiendo bordes, poseída y sin nadie?

pídele paz a esas sienes insoladas, a ese  
tajo en el vientre en la pollera ese tajo de milonga  
arrastrada  
y sin domesticar afilando tu tijera en la caja de costura.

tu cabello cae trenzado  
y aún escribes inclinada contra el foco.  
Todavía silvestre errabas entre mármoles

y no había suavidad, ni misales con dorados rezos, ni pena tenías, ni un jarro para calentar café.

Tu proximidad con el desastre era lo que tardarías en caer desde tus tacos de alto negro  
¿para qué esa rasada tela nocturna? ¿y las escamadas estrellas que se estremecen, como un desparramado pez, en la saliva de una boca que es noche sueño que se repite incompleto pesadilla que habla por pasillos donde se apagaron las lámparas?

deja tu lengua en mi lengua como a una hermana siamesa como criaturas que aman su imperfección.

No quiero el reposo de los que se estiran al sol, apretados al agua lavada de las piscinas no confío en el pudor. Dame hambre y bestias y corrales de piedras encajadas y páramos lluviosos con sombra impresa de líquenes dame desorden muletas que derivan en sótanos inundados columnas encaladas y piedad quejidos en las cúpulas volcadas de la ciudad sin patria seres expulsados de las mesas familiares, heridos entre el estallido de las copas, entre pocillos de porcelana que transparentan la oscuridad de las manos seres sutiles vagamente sospechosos dame esa sangre de los atravesados por un familiar cuchillo de cocina porque no callaron cuando debían y cayeron con un trémulo ramito de perejil entre los dedos que son vapor ahora blancas desenvolturas de un aliento que pide.

era turbada por algunas palabras.

Completaban mi boca con un bocado enfermo “Pañol de Herramientas” nombre de un cofre alto, de un sufrido gris resquebrajado, abierto para mostrar sus tenazas y filos en un orden de amputación y de encastres; olor a trabajo, a dedos percutidos, a madera iluminada de lustres, a hierros domesticados. Eran hombres convirtiendo la materia en objetos

y yo aullaba con la frente sujeta a un vidrio de esquina Montevideo lapicera fuente negra de tanque translúcido pereza de la virtud que quiere sábanas rajadas como vendas jergón donde vas a tirar tu cabello a las débiles arañas de cabezas ocres, cuadradas, malignas.

los ojos se derraman en una mirada aturdida. Las bocinas inyectan la noche de pánico. Un hotel incendiado se retuerce con su cúmulo de amantes desprovistos

escribe hazme este reino amargo: un fruto de carozo verde

intenta separarte de tu piel como un reptil en su época de mutaciones

estás despojada de encanto

idiota de medias negras esperando el deslizamiento del ascensor.

Vives de esas imágenes desatadas

escribe:

era sospechosa entre los que avanzaban con el capote golpeando sus tobillos

era escurridiza entre arcadas, donde los hierros rojos se imponen como una flora menstrual

era ilusa y aún así, las mujeres ciegan anudan las perlas de sus collares. Aún así, con la mano abierta recibías las peinetas de vidrio

otros hundimientos envolvían la

garganta con un celofán que brillaba quejándose  
en la noche algo ardía hoteles del once y algo se inundaba.  
La boca iba hacia las sienas y sonreía  
el trapo sucio de la noche cubría mis piernas. Las visitas  
eran raras, con ropas enceradas, máscaras japonesas,  
extranjeros que sostenían escudillas de arroz con hongos  
la patria terminaba en un pastizal  
aguado. No tenías provincia no había lengua de los  
padres, no tenías otro exilio que las altas terrazas  
escribe relata la humedad de los bordes abismos  
donde la selva se arrastra como un animal de livianas  
vertebras líquenes acumulados sobre la placa negra de  
un disco girante en el cráneo roto  
y sin domesticar sin pausa en el destello de la hoja de  
toledo, encofrada en un pequeño mango de madera,  
sin adornar con jazmines el dormitorio  
sin sirvientas en tu corazón.

era el país caluroso. Los hombres orinaban  
junto a las carrocerías era tarde  
eras extraña como un objeto de barro  
la mórbida desnudez de tus ojos en las iglesias  
la mantilla caída sobre los hombros de clavículas  
expuestas  
una ilusión de frescura en el verano ponzoñoso  
escribe relata el pecho sofocado por fardos de calor, esa  
ilusión de pudor o de mar  
dame palabras necias escribe  
nadie abrigaba la boca de tu padre en la tumba  
nadie abrigaba tus cabellos fríos, lentos, amarillentos  
como un tigre  
nadie acercaba el cirio de los agonizantes a tus dedos con

fiebre.

¿por qué no dejar que la tarde circule  
como el pez de plata en la redonda pecera?  
que la intemperie crezca en los techos de pizarra.

Los mimbres de la hamaca son extraños en este cuarto  
quieto; los baúles, las botellas de vidrio azul, los íconos  
que la insolación fermenta la acumulación de objetos  
donde la belleza estuvo alguna vez  
temblores en la sombra que crece

¿por qué no dejar tus cabellos vendados  
sobre las duras hojas de hiedra?.





ligustro

¿para qué sonreír con un vidrio  
apartando los labios?

¿para qué esa insistencia en verter el rojo  
espeso de la copa en el mantel?

estoy para las hojas livianas del almendro,  
estoy para las gruesas hojas del gomero luctuosas y sin  
perfume,  
para las hojas del nogal suavemente curvas y de  
nervaduras ocres  
y estoy para el silencio de los abetos cuajados de mínimas  
piñas  
o puedo, extensa como la Tuya Dorada, distraerme sobre  
jardines perezosos.

No acerques mi cabeza a tu pecho. Bajo mi oído no  
quiero los golpes de tu corazón; la mentira de tu vientre  
como un suelo de tablas podridas  
dame la vida de los árboles que no mudan de entierro.  
Desean y persisten en un suelo aferrado como intrusos en  
un baldío visitado por el juez  
botellas quebradas en una vía angosta      paisaje de  
descuidos      uñas rotas en el desastre      la mano lastimada  
sin trapos para cubrirla  
entre juncos móviles  
cae el dulce peso muerto de las flores de almendro. Es frío  
desganado el agua que se inclina  
seré estéril, sin codicia y sólo la cabeza hundida en  
líquenes será mi bienestar  
ceniza floja en la corriente viva  
sombra de las manos arrastradas en el limo y ese barro es  
mi vida. Es mi nombre. Es mi boca ligera, turbia, de  
agitación imbecil.

La vida no ha sido sencilla.

deja mi cabeza en la hojas. Perdona este cuerpo que tan temprano en la noche acaba su sangre  
perdona ese grisado del agua que no golpeó piedra alguna; sólo se escurrió entre pieles de batracios.

Deja mi cabeza en la pendiente enredada

¿para qué fingir cuidados por un mínimo  
jarro de loza que se quebró?

¿para qué fingir amistad con una extranjera  
sin recursos?

quiero las moradas hojas del cerezo como un fuego en la redonda intemperie. Dame ese rubor. Dame esa vergüenza en la blusa arañada de los cuerpos NoAmados  
devuelve mi espalda al yuyal de los asesinados  
seré una buena chica.

mi cabeza rodará como una perla del collar desatado  
seré muda con las pupilas dilatadas, aceitosas de belladona

los párpados inmóviles

los muslos excesivamente blancos sobre las hojas oscuras.

La noche es de sábanas quietas

de escarabajos que se deslizan en un aire de apretadas cortinas

de un perfume a pájaros; a plumas quemadas con un hisopo.

Arden las estrellas del puñal en el cielo alto.

Abandona mi cabeza en las hojas.  
Dame el Bosque Real de la Matanza  
dame esas aguas sucias, de engangrenadas orillas,  
estancadas de drogadas serpientes  
y esa hermética, íntima, pobre soledad  
ese bosque brutal  
donde nunca estuve con nadie  
en este cuarto    en este Hotel de Pasajeros  
estoy en maderas de un piso que cruje, con visitas que  
recorren el pasillo ajeno  
supondrás mi vida entre arrecifes    entre piernas    entre  
pespuntos  
y nada será cierto, más que este retiro sin puertas  
este encono de paredes sin aire donde estuve de roces  
colmada  
sin almuerzo  
sin abrigo en los hombros  
sin peinetas de carey  
y sin otra caricia que el monte recordado, los yuyales  
fangosos, las hojas amontonadas en húmedo cieno

deja mis cabellos como algo líquido que se derrama en la  
tierra,  
dame tu desamparo.  
No hay amor en el barro del bosque atravesado.



de delgadas uñas de arrepentida boca  
es la caricia del amante y de un dorado casi translúcido el  
cuerpo de las botellas desparramadas en el estante.

El crimen es sólo espera reunida

nada más para anotar: esta lámina de  
objetos que se derrumban. Fulgores de un intervalo

pero,  
para quién suelta su música la máquina tragamonedas?

son delgados labios sobre puertas cerradas  
son intensos párpados  
maletas que fermentan pañuelos bordados, ligas de encaje  
negro, un perfume intenso a mutilación.

Sobre la ráfaga un hombre alza sus dedos remotos en el  
aire

¿dice “perdóname esta mano de cercenados dedos en el  
aire”?

¿dice “mírame la herida, por favor”?

Inútil es la sombra de la arboleda. Sobre el empedrado el  
reposo es intranquilo y caliente. Otros días, miraba peces  
muertos girar en la superficie de los acuarios. Eran  
tristísimas esas escamas sangrientas,  
esos verdes como aquellos ojos de mi padre,  
esas desviaciones de lo que tiembla

deja esas caricias en mi garganta para  
otra noche, para otro lugar  
inútil es la sombra rota de los párpados rotos en esos  
quemados ojos de mi padre

inútil el crecimiento del jazmín sobre su ceniza floja.

qué quieren de mí?  
¿qué cinta debe atar mi trenza desilusionada en la espalda  
deshecha? ¿Qué quieren de mí?  
¿cuántas líneas debe crecer el mercurio?

ya está bien. No quiero esa insolación de  
voces sobre mi nuca. No quiero pedir, otra vez, en  
susurros amarguísimos, cubierta la cabeza por sábanas  
sucias. No quiero que anochezca sobre esta  
arena, esta boca repentina

estaba entonces despidiéndome,  
dormida con el oído inclinado sobre el gotear del veneno  
y aún así sin domesticar  
aún así afilando la tijera de costura  
¿que quieren de mí? qué espalda de desparramados  
cabellos qué corza dibujada en la frente como en una  
caverna qué niebla de arrugados párpados sobre el  
pantano que no tiene orilla?

Bordes, son estos días de una tristeza  
que no se quiere vivir.

Padre, fue mucho tiempo atrás que  
éramos buenos. Tú no habías muerto  
y yo era tu hija de cabellos rubios.

Padre, ¿qué apariencia tenían entonces  
las catástrofes? cuando asesinaban a un hombre en un  
descapotable  
¿qué apariencia tenían las rosas de sangre en el tapizado?  
Amanece papeles cansados rotan en el pavimento frío.

Amanece sobre estos pocos sollozos. Un baño quitará la  
sorpresa de mi corazón, quitará la intriga

padre, ¿cuando fue que dormía sin  
pesadillas, sin muérdago en el pecho?

papá                      éramos buenos entre los  
almazamientos del ligustro      los crímenes no cruzaban el  
Puente 12      la belleza era esa ciénaga de turbio temblor,  
esas estrías de serpientes rojas en la noche de un barro  
que insiste

Es muy tarde para confesiones

es muy tarde

para ser en la arboleda que divaga, un padre y su hija.



no hay buenas palabras  
nada para sonreír mientras giran los ventiladores de  
techo.

La boca arruina la espuma de los vasos.

no preguntes por la cicatriz en el dorso  
de la mano; ¿para qué iniciar una conversación? otras  
lunas han dejado su párpado roto en el cielo sin que nadie  
acaricie su herida

sótanos para esas sombras de bocas  
huidizas  
nada que decir como alguien que aferró su mapa de  
los túneles

así fue que estamos descorazonados  
pídeme los ojos alzados sobre los vidrios. En una cámara  
nupcial estamos de espejos coronados  
entre almohadas de un lupanar ¿para qué iniciar una  
conversación?

¿para qué errar entre palabras como en arrecifes?  
abiertos como esa paloma en el pupitre el foco  
colgante sobre las trenzas que se desatan

así fue que estamos descorazonados  
y el sueño inunda nuestras sienes como terrones de un  
azúcar negro caídos en el té

un fluir hacia el terror. Nada que decir.  
Ninguna pregunta que hacer son estos años  
el cabello que el viento mueve es todo lo que tiembla  
¿para qué dorar la píldora?

que un farmacéutico me pida en su cama  
y que sea viejo; con lentes donde yo pueda ver los reflejos

de la vida eso estaría bien  
eso sería bueno ¿para qué iniciar una conversación?  
dime tu mentira sin agitación igual no me importa la  
verdad  
de musgo helado son las palabras de los sótanos  
carne de estrellas frías  
luz agria de hotel en la ruta  
pobrísimas hojas de un ligustro que crece ante la puerta de  
alcobas amantes  
así fue que estamos descorazonados  
acariciarnos sin horror y respirar. ¿Qué recordarás de este  
tatuaje en el muslo, esta "dalia negra"?  
Perfume de cosas dejadas se estiran bajo los techos donde  
las aspas del ventilador rotan en un calor fastidioso  
¿para qué iniciar una conversación?  
¿para qué demorarnos en un error?  
almendras amargas se suceden bajo los párpados,  
iguales manos alzan la capucha de piel sobre las nuca  
rapadas,  
iguales alambres atan el corazón como a un animal que va  
a ser carneado.

¿qué cuento de tristeza quieres darme,  
qué cal qué casa de expósitos?  
Mírame la frente como a la pizarra azul de una cúpula,  
tan extraña, tan perdida en ese cielo sin compasión  
¿Qué Dios pudo hacer estos sótanos esta vulgaridad  
en las almas  
qué Boca nos arrojó de la pasión? oh, veneno que  
duras!  
no me dejes sola. No te vayas de mí  
feroces son los días

cabellos sin inocencia    enaguas sin temblor    lámpara  
que la tormenta agita  
aletean como pájaros blancos en el espacio de un bosque  
quemado  
plumas en las cenizas

así fue que estamos descorazonados  
así es de sospechoso nuestro impermeable que sacude la  
lluvia. Una naturaleza muerta que mueve su aliento  
cinematográfico, su atmósfera de conspiración en almacén  
cerrado    ¿para qué iniciar una conversación?  
bordo “dalias negras”    ceremonias para una muchacha  
asesinada en un sótano  
nada que preguntar    nada que pedir  
esquela dejada en letrinas    insinuaciones dejadas a un  
contestador automático    blues que gimen en cráneos  
vacíos como un órgano en una catedral inundada  
sobreentendidos que no pueden explicar ni esos grumos  
de ceniza en el mantel  
un taco de billar que se te incrusta en la sien y te arroja en  
estos sótanos

así fue que estamos descorazonados

de qué hablar?    Mira mi corazón como un puño cerrado  
que quiere golpear  
nada de Novios    de muchachos que te corran la silla  
nada de sutiles deferencias. Aquí hay aguada para que  
descansen las bestias y sigan, en el polvo deshaciéndose;  
manada que subyuga la sed y el hastío espanta  
nada que retener    un paisaje de cardos, el pobre azul  
de esas flores que dilata el calor  
será que estoy triste y el estallido de vidrios en el mosaico  
acerca aquellos latidos  
violáceo crespón escurriéndose entre paredones de

curtiembres

eran otros los sótanos      eran otras

torturas

y la memoria, como un reductor de cabezas, aprieta sus  
imágenes en cajas cada vez mas estrechas

¿qué pedir ahora que pesó tanta sombra  
sobre nuestros suaves vientres estériles?

¿qué esperar ahora? La espumosa noche  
crece como un mar de lonas negras  
y son friolentos los dedos sobre las cucharas de plata, los  
dátiles, sobre el lento cabello que la lluvia ilumina  
derramado en la espalda

de tajos en la lengua son estos años,  
de paladares negros de lobos sin idioma  
¿para qué iniciar una conversación?    Pídeme la vida que  
es tan poca cosa en este país  
esta pampa de sótanos donde ningún Señor pregunta a  
Caín

*“¿dónde está tu hermano?”*



en los vestuarios permanecen encajados  
los fieltros de los sombreros, unos sobre otros,  
y la sombra maquilla las sedas de un reflejo agónico.

la torpeza es el agua que alzamos con la  
mano y no alivia la rodilla raspada en escalones que se  
repiten en un ascenso carnívoro  
¿existe una poética del amo y del esclavo?  
¿quién es la sirvienta que limpia las manchas de sangre en  
su corazón?

ella agota sus labios en pedir y no es  
calma lo que quieren los intranquilos. Es sólo la tristeza  
que puede llevarse con un sombrero negro entre plátanos  
blandos.

Seré una desviación de pasto en la pendiente, una lengua  
de yuyal en el barro. Serán desahuciados los hombros que  
la enagua deja descubiertos

los alambres separan la uvas del paseante  
en una tierra sembrada. Ves huéspedes donde sólo llegan  
intrusos con linternas  
vivo de escamas separadas  
vivo de mutilaciones  
sonriente a los pies inundados. Despierta entre casas de  
tolerancia.

no es calma lo que quieren los asfixiados  
pedir macetas en el balcón laureles en el estante de la  
cocina un hogar sobre la nuca quebrada algo que  
viva en las manos como un animal de fiebre  
dime qué lugar en las sábanas

dime qué rezo bajo las cúpulas altísimas  
dime qué final ayer y antes, cuando era una niña y ya  
pedías mi muerte

estoy sólo para ser asesinada  
quiero ser tu sirvienta en el crimen  
y quiero ser la criatura que hace perverso un filo.

es suave la caída del terraplén sobre la avenida. Los  
camiones saturan de faros el pavimento hasta convertirlo  
en un páramo blanco y en el deslumbramiento, el vestido  
flota como un bandera rendida  
es una conversación secreta que se sorprende en la alcoba  
contigua una lámpara volcada que comienza el  
incendio  
y te marchitas en ese raspar de luces en la velocidad.

dime lo que quieres en el asfalto abierto  
como una cuchillada en la planicie  
dime lo que pides, Leonor  
qué buscas en la niebla, antigua, adherida al agua negra,  
pantano que desbordas  
y entonces, ayer, cuando eras niña y llegaban las frases de  
las visitas desde el cuarto en que estaba la estufa  
eras torpe  
y las medias caídas sobre los tobillos acentuaban las  
piernas torcidas.  
No querías contacto con esas bocas pintadas, con esos  
rostros afeitados del día anterior. Sus mentiras tenían la  
carne blanda de un molusco. Reían con desprecio.  
Tardaban en retirarse lo que la tarde en quitarse del  
ligustro  
palabras como hojas picantes que se prensan en un cuenco

de jade      desprendimientos de un fondo estancado,  
enjoyado de batracios      cicatrices  
y atrás      días que se evaden como humo del pastizal  
quemado  
atrás    atrás    los pájaros que picotean escarcha  
y eras extraña y sin caricias  
y pasabas las noches contando las formas romboides del  
alambre.

                  gallineros    plumas en el calor    maíz  
desparramado en una tierra gris. Pocas palabras para  
relatar esos granos, ese suelo seco y desviado hacia  
extremos del tapial      gallinas agónicas cuando atardece  
y quedan goteando sangre en la noche porosa  
y atrás eras niña y ya pedían tus cabellos atados. Ya  
querían olfatear tu sangre como la de un ciervo  
y la tormenta comía los límites del parque. Me lavaba las  
piernas, como un amante, con una esponja embebida en  
aceite

                  qué pides, leonor?    qué espera esa niña  
que miraba?    qué temor guardas?  
                  desobedece sin temblar  
eras escurridiza y lagañas de sueño hacían amarilla tu  
frente  
eras vana y desprolija      retama crecida en la intemperie  
torcido el delantal rígido de almidón  
eras descalza en la tierra invadida de cardos  
y con zapatos blancos en el parquet encerado.  
                  no había arrepentimiento en tu boca  
y del castigo guardo la trenza, quitada al rape desde la  
nuca.

desobedece sin temblar  
duerme en esas anchas maderas. Ajusta los labios otra vez  
sobre el hilo de costura. Devora tu almuerzo de arroz con  
hongos verdes  
extasiada en tu pequeña soledad donde se mueven lentas  
las manos del amante. Como un disco rayado, tan antigua,  
te repites en su corazón  
desobedece sin temblar. Todavía es tarde.



*¡oh; la vida que existe en los libros de  
aventuras infantiles, para recompensarme  
a mí que he sufrido tanto ¿me lo darás tú?  
-Arthur Rimbaud-*

lejano, lejano  
parpadeo del reloj en la intimidad de la sombra.  
Huyen por el desfiladero embozados de amotinadas  
capas.  
La congoja de mis labios fue antes, en una copa que por  
minutos mordí.

Ahora retiro con un pañuelo rouge, espuma rota  
los vidrios quedaron quebrados en la alfombra.

Anchos mantos retroceden en el desfiladero con un  
estertor de pájaro alcanzado por la piedra. El tango  
completa el gesto de las piernas una forma de acercar  
el cigarrillo a la boca, herida que abre el rostro para que los  
besos se retiren

lejano, lejano  
comprometerse a esas manos que apartan el pesado  
cabello de la frente y luego devorar la ceniza pequeña que  
ha quedado en el mantel.

Estoy para perder tantas veces como  
caigan los dados de una forma maltrecha  
estoy para los grandes acontecimientos: un patio con un  
foso al fondo donde serán sumergidos los ahorcados, un  
pabellón de cal y las enfermas tocándose las ropas, el  
hundimiento de los barcos cargueros con pimienta negra  
y perlas de Malasia, con aceite crudo y navajas de Sevilla

yo estoy para las mutilaciones para los  
mancos con voz profunda con sus únicos cinco dedos  
alzados, agitados en su incapacidad de extrangular.

Como en un estuche, mi frente es la perla bajo las  
placas de fiebre.

Los lisiados desnudan sus rodillas para acercarlas al mar  
y fatigados dejan que el agua oprima sus mansas piernas  
incompletas

lejano, lejano

soy para los asmáticos el puñado de hojas que quema la  
estufa; el espinazo de pánico en el descarrilamiento del  
Metró Port de Clinancurt - Port de Orleans  
y la sospecha de los devoradores encapotados apostados  
en el desfiladero

lejano, lejano: *¿dónde estaba Dios cuando  
te fuiste?* el tango propone reprochar  
escribir como un jadeo  
retener ese bote que quiere deslizarse en el pantano con mi  
cuerpo atravesado en la quilla rozar esa cicatriz que el  
paisaje dejó en los párpados  
estoy para rezongar  
para cubrir de trébol la nuca del sonámbulo y lentos  
canales de sueño desagüen en esa cabeza neutra, de  
cabellos cortados al rape. Cabeza errática en la mesa  
desnuda; evoca otra posesión, otra intensidad en los  
cubiertos. Las cabezas descubiertas, desprotegidas entre la  
fuerte circulación de las voces, de las copas donde el trago  
es de ansiedad. Nadie quiere ser consolado.  
Saturan esas manos que rozan la garganta. Perturban esos  
dedos las sienes escamadas de los que sólo quieren  
reposar  
y estoy para abrir las cajas de música y escuchar los  
sollozos de las muchachas que abrieron otras cajas de

música otras puertas de cuartos de hotel sus blusas con botones de nácar abrieron uno a uno desprendían los ojales del corazón y miraron con una aflicción de bolero las piernas de los hombres.

Estoy desnuda de situaciones poderosas. Si alguien me llamara desde una ventana oscura una voz que empujase mi nombre en la noche una voz descarnada con el rostro retrasado en la penumbra la desdicha de un barco guiado hacia el crecimiento de corales y el sonido de la brusca intemperie, de los mansos utensillos ahogados. Una voz en la sombra grita un nombre y promete otras zonas (y mi nombre es de reina dos veces construida y dos veces exiliada; fue hecho para el amor cortés, para las sofocaciones).

La resonancia de una palabra es tan alta tan penetrante la atmósfera de un nombre que el amante desatento no encuentra donde abandonar el cuerpo desmayado de Leonor hecho de criaturas perplejas, de vacilaciones, la boca turbia de tierra: es mi reino que comí para que no me lo quitaran.

Mi nombre gritado desde esa alta formación de vidrio, desde un ácido encierro y yo seré más buena seré un cachorro que alza sus lúcidos ojos a la promesa de una voz. Tendré el encanto de los que perdieron siempre.

Estoy para los grandes acontecimientos para dormir con Robin, el de los bosques.



## CAFE DE EXPÓSITOS

*a María Fiorentino.*

maderas que desborda un container,  
vidrios rotos como algo que partió la tormenta  
nos queda ese estrecho paso de baldosas. La enrojecida  
marca de la luna cuelga como una luctuosa res en la  
cámara helada.

extraño sitio. Unas mujeres juntan el  
dinero tras el mostrador de piedra y madera laqueada  
he perdido mis horas, como el que más, bajo ese toldo de  
franjas de color, el espeso perfume de los frascos, plumas  
que adornan amorosas un fieltro roto, la espuma de esos  
dientes que ríen  
sobre el cuaderno, con tu tintero negro; ya no sabías de  
amantes con sacos cruzados que entraban sin llamar, de  
respiraciones escuchadas tras la puerta del baño

en el techo, la sombra de una silla crecía  
gigantesca. Detenerse en ese estuche de mesas de granito  
extraño sitio la membrana del tímpano, como un ala  
de luciérnaga, brilla por palabras que se murmuran con la  
cara en la pared.

Así contemplar las noches de una calle que muere, la  
vastedad de aberturas inmóviles y esas inútiles máquinas  
acumuladas bajo un resplandor de garito

mampostería rota en un container  
patria argamasa que la peste recalienta y los aullantes

cachorros atados a los mástiles no nos dejan dormir, no nos dejan pensar. Sus aullidos persisten en la oscuridad como un perfume  
ciudad perdida en habitaciones de cortinas arrancadas, escalones de hierro, débiles susurrantes en vidrios que el alcohol ilumina  
después la lluvia borra los pocos rastros. Envases vaciados bogan en las cunetas y ya nadie tocará nuestro corazón no arderá su tenue alivio en la tiniebla ácida.

alguna tarde un silencio de vigas de hierro y el viento otoñal entraban en el café desierto y la luz se movía anhelante en las lámparas de chapa extraño sitio el insomnio anuda un pañuelo en la trenza y los novios llegaban con ese ojo roto en la pelea ¿qué hacer con sus frentes arrancadas, con la bufanda muerta en el mosaico y ese dolor en la nuca que se pudre?  
ayer es esta memoria que llora en oscuridad mucho calor aquí un verano excesivo palpitaciones de viento como el cuello de un animal un container que pierde el zumo de la noche. Ayer sería más blanca mi espalda, más desnudas las piernas, mas evasivas en el terciopelo

¿lloré por ti cuando caías?

no dormía en una cama de pino, Eso es seguro.  
Miraba la ciudad sitiada por camiones blancos SCORZA en letras plateadas a un costado de las carrocerías  
¿eran de amianto nuestras sienes en el incendio? eran del papel lila de las cartas? era de espumosa ceniza nuestra boca en el aeropuerto?

y entonces? Nada grumos en las

terrazas que el viento azota      plumas.

Sólo pedimos un banco para ser más pálidas.

Sólo una tela cruda para el cabello lujoso.

Tatuajes de tango en la piel delgada de los hombros, en su  
perfume barato      calor aquí  
calor o bestias de porcelana negra.

¿lloré por ti cuando caías?

abrígame los pies      abrígame la garganta abierta. No  
estoy para dulces afrentas, para abandonos raros  
los cuerpos crecen en ese tono de jazmines que la helada  
quema  
y un sangriento telón de teatro alzado a un costado del  
kiosco, deja ver los paquetes de tabaco y pequeñas latas de  
caramelos holandeses.

Mi aflicción era inmensa esa noche que caíste,  
mujercita, pero no recuerdo si lloré o si me mojé la cara y  
vi mi rostro en el espejo y era sólo la boca que temblaba  
y el reflejo de azulejos blancos como nieve. Eso: amontonada  
nieve sucia y un rostro que se adelanta suplicante  
en el vidrio.

Alguien hablaba en el cuarto contiguo      una voz  
oscura: humo de hojas húmedas que se queman  
pero no recuerdo si lloré o si me desprendí el corpiño con  
uñas que se quebraban.

Mirábamos una ciudad que se agitaba y  
desaparecía. Vimos andamios que se desprendían para  
caer con lentitud, papeles que el aire mueve con desidia,

vimos grúas que alzaban al cielo impasible fardos de tablas rugosas.

No había terror en nuestros dedos alzados que temblaban.

Ni sonido en las bocas abiertas patéticas  
en ralenti fulguraciones en el clima de placas de caucho.

¿lloramos esa noche, María?

llorábamos después, noche tras noche, en cuartos  
alquilados, autos dejados en la inundación, iglesias (su  
último banco de astillas agrias que nos corrían las  
medias), departamentos sórdidos, lavaderos de adobe  
húmedo, moteles de las rutas del sur  
llorábamos?

No estoy para suposiciones de fiebre para amores  
tardíos.

No estoy para las extravagancias del deseo  
lloraba? se trata de la naturaleza del dolor. El escarabajo  
de ese dolor mueve lentas alas lúgubres en las alcobas de  
la pasión.

Se trata de la garganta mía  
eran trenes cargueros como en un túnel fugaban los  
rostros amados/supuestos/ofendidos entre bolsas de  
papa  
estábamos solas  
con nadie recordábamos “*de qué color son los cerezos*”  
no vendrían, después de todo, a calmar nuestro canto  
desdichado en baños de azulejos pálidos peces  
giratorios en los acuarios corazones que incrustados  
en la mesa escriben. Mirábamos fascinadas ese  
deslizamiento de escamas, como una herida deja tras de  
sí, en las tablas, desprolijos rasguños de sangre  
¿llorábamos?

¿pedíamos igual delicadeza? no comprender las

cámaras de vidrio, el encierro, la humillación?  
¿pedíamos algún narcótico fuerte?  
que sabemos al fin? de la torpeza con que se mueve la  
saliva en los labios ¿qué recordar?

un sombrero de paja con una cinta oscura ¿es  
importante?

los tacos peligrosos que tocan el mosaico con un  
sonido de pequeño, agudo martillo de plata

fanfarronadas de minifalda negra, sonámbula en el  
aire escaso que mueven los ventiladores de techo,  
lycra apretada a las piernas disco de pasta que una  
púa escarba en su herida fatal y también

aquel monedero secreto en la liga; con unas separadas  
monedas de níquel.

Porque alguien supuso que nos habían dejado pupilas  
en ese café; entre el raspado sonido de las tizas en los  
billares y la caída de los dados en lujosa intemperie.

Porque alguien sospechó nuestras camitas de hierro  
encalladas en habitaciones de cal saliva quieta inmóvil  
venenosa, que supura cuadernos de lívida caligrafía

Con zapatos de charol nos llevaron al cementerio de  
automóviles

con vestidos de piqué almidonado

con guantes de encaje blanco hemos visto el fuego de las  
fundiciones

fotos en sepia con mujeres embalsamadas en sindicatos  
vacíos aguas infames cruzadas por un ballenero  
espectral aguas confusas

y ese esfumado de cenizas de marzo ese musgo esa  
vergüenza en el corazón ¿lloraba?

De túneles se hizo nuestro impermeable en la lluvia. Su sombra proyecta en el empedrado una naturaleza cinematográfica y los focos iluminaban el puente como algo construido para otras razones.

El cielo suelta un agua acostumbrada a la oscuridad, espumas de crisálida en un patio encerado

\_\_ es cierto, después de la belleza no hay nada \_\_

nos movemos en el circuito de arcilla empapada.

Vemos entre la niebla nuestros vestidos alzados por el remolino de lluvias.

Nuestros vientres baldíos, con el encerrado perfume de la desobediencia, se agitan bajo las sábanas como en un nacimiento

Muchachita parda:

                  estos roces    estas anotadas palabras de  
tu hermana melliza    de gemelas piernas untadas de la  
misma seda gris  
desprotegidas en los zaguanes /afligidas / en marchas  
furiosas sobre las plazas abiertas / acariciadas en autos de  
oxidadas carrocerías    y orgullosas    y lentas  
soberbias. Solas en estas calles de perdidas metáforas  
porque la belleza ocupó totalmente nuestro corazón. La  
nobleza puso su pluma rara de halcón en nuestra frente

En una patria de canallas, de bocas errantes en salones reservados; nosotras fuimos buenas durmientes en cajas de vidrio    curiosas entre vasos de cerveza negra, leíamos: *“dicen que yo no he levantado para ti ni una sólo casa de música”*

entre papeles de tachadas cifras    designios    citas en esquinas alquitranadas

el viento mezclaba nuestros cabellos a las lluvias que no cesaban y empapaban las banderas rápido se inundaban

las alcantarillas y ya entonces se escuchaban los tristes  
acentos de la noche milonga turbia que abandona sus  
flores de fango en las sienes adolescentes.

Llegábamos las ropas húmedas las sillas huesudas  
aumentaban su sombra en la pared  
y fuimos los mejores  
nuestros dulces cuerpos delgados fotografiados en todos  
los entierros en los amores neumáticos que se queman  
botellas con nafta arrojadas al hambre los tiroteos  
pensamientos desesperados ocultan con un pañuelo la luz  
del foco como algo desnudo  
generosos hasta el suplicio  
rencorosos de dignidad lastimados  
atravesando las avenidas el pavimento se hundía bajo  
el peso del Elefante Blanco de un generación que pidió  
mas allá de su muerte, que tocó su armónica más allá de  
los sótanos  
no quiso las costras del poder sobre su piel sin enaguas  
no cambió sus sueños por una botella de champagne

Fuimos los mejores porque la belleza ocupó totalmente  
nuestro corazón

nuestras espaldas no fueron ambiguas  
la promiscuidad no besó nuestros pechos en su catre de  
plata  
la pornografía no consume nuestros granos de arroz,  
nuestras medallas de peltre nuestra agonía era el  
paisaje donde los ciudadanos sacaban a pasear sus Dogos  
Argentinos  
nuestra noche fue inmensa grotesca nuestra aparición

en las fiestas familiares      desdichados los agujeros de la  
memoria  
con plazas que se vaciaban, como un tajo profundo deja  
sin sangre un rostro  
pálido embaldosado con crespones que el viento  
arremolina

Nosotros también nos alejábamos  
¿La derrota era ese mirarnos los unos a los otros como  
apuñalados?  
tristes    azules las bocas    y preguntas o perros mutilados  
en las playas de invierno

¿lloré por ti cuando caías?

¿Estuve. frente al arenero que quita del corazón su  
lastre de ceniza fría, sus sorbos de veneno, su desmedida  
sombra?  
un resoplo de sollozo y turbación    abeja que absorbes  
una flor inestable    arenero nocturno  
arrancabas de nuestra sangre las porcelanas sucias de la  
fiesta    ese cavar de agua enferma arenero    y perturbas  
al que trata de conseguir un poco de sueño    un sonido  
a sábanas frías, marchitas sobre la espalda estrecha;  
morbo de aluminio negro, sin jarro de agua con vinagre,  
sin jergón, sin séptimo día.

“vivimos en un mundo de sutilezas. La materia  
no es grosera como parece; es sutil.”

con los ojos embotados del que atraviesa fumaderos de  
muebles corruptos

las uñas aprietan esos cuerpos que se hunden en la zanja  
del corazón con sus alambres de púas, sus violetas del  
precipicio, las citas fracasadas y esquinas que doblan  
hacia el paredón de las curtiembres  
acumulada nieve sucia memoria donde la patinadora  
gira con una vela en la mano y su pasión impregna aquel  
pañuelo bordado con las iniciales de tu nombre

y yo no lloraba cuando caías  
no respiraba con los párpados quemados  
no sonreía en las fotos  
no construía los altos peces del cielo  
pero de la agitación de esos días en el vacío, recito sus  
estremecimientos

La belleza nos retuvo en su vientre como a un niño no  
nacido

Como algo no acabado estuvimos en el mundo.

Como alguien que no tiene párpados estuvimos  
insomnes en pasillos que nadan en círculos

Y como alguien que no tiene cuerpo estuvimos en  
Hoteles donde nadie nos besaba  
pero fuimos los mejores  
porque la belleza ocupó totalmente nuestro corazón.

Se escucha caer el agua sobre las lozas de la pileta.  
Llagas de la noche. Paseantes entre sillas desnudas. Boca  
sobre boca. Horas de la estación cerrada.

Me pregunto si no seremos el espectro de aquellos que  
degollaron los hombres de Mataderos  
gargantas fijas que el crimen pule  
cabezas rapadas en celdas

y ahora los meses de la peste  
y ahora envolvernos en capuchas monásticas

Lloraba por ti?

hay un espacio de mástiles vaciados donde el  
pensamiento es gangrena lámparas sobre nuca en las  
que gotean las noches de vidrio. En la avenida desierta  
giran errantes papeles como matas desgraciadas  
y sin rezar en la dañina oscuridad mercurio que se  
desprende de la caricia. El agua cae sobre cuchillos sucios  
alto muelle desde el que miras zambullirse a los  
buscadores de perlas y la aleta del tiburón desliza un  
triángulo de sombra en el agua abúlica.

Todos somos hijos de la tormenta.

Apaga ya esa luz en la cabina; que el macabro olor a  
cebo se desparrame en la niebla

Hemos velado durante la inmensa noche. Tanta sombra  
tienen nuestros cabellos al viento.

Todos somos hijos de la traición.

Hemos visto la hemorragia fría de los faros perderse en  
un asfalto lento

desvalidos dedos en un piano

esa arena en la boca nuestras delgadas sienes en la  
pared que se derrumba saliva de los compañeros

pero no cubrí tus hombros con el pañuelo de seda  
no cubrí tu vientre con las uñas esmaltadas de rojo

de tu garganta no quité las cenizas

y no pude no lloré cuando caías.

2

## PUERTO DE FILIBUSTEROS

a Leandro Regúnaga

con un canto en los labios para la oscuridad, amarran sus  
ocres barcazas.

Las luces son ilusorias y tiemblan en la intemperie.  
El agua hasta las rodillas empobrece esos cuerpos que el  
mar ha preparado para las tormentas.  
Encaramados a la caldera escuchan el silbo de la pasión.  
Navegar ha sido ese desdoblamiento de metales y carbón,  
para que una tabla busque su isla entre sargazos.

Una ambición de ligas prostibularias (lentos encajes  
adornando satén) anima los dedos que arrastran sogas  
hasta la muralla donde el agua termina: vaivén de caderas  
oscuras y licor derramado en esas mujeres que el sueño  
hace bestiales.

El puerto es sólo una herida de luces en tierra  
y van con las bocas abiertas donde brilla el diente de oro;  
en los puños cosida la misteriosa perla que sólo el amigo  
íntimo quitará de las ropas.  
La muerte es ese olor a pólvora mojada a carne curada  
en un humo de astillas y vísceras  
trapo que la sal penetra la muerte es poca cosa  
un aleteo de pájaro en el hombro.  
Ahora enrollar la velas con un pesado deslizarse en  
cubierta. La muerte es esa lona que el viento ha trabajado  
como un amante brusco y ahora cae rota en la madera,  
retorcida en su abandono  
poca cosa esa lona una mujer caída. Los ojos tienen el  
temblor que aguarda ante un cuerpo desnudo.

Atrás, la memoria contempla una mansa  
pradera y el nacimiento apretado de pobres casas contra  
un filo de piedra.

El llanto de cachorros abre el aire, como un tubo inunda  
una estancia de desdichada ventilación atrás,  
el crimen era de los Príncipes y los ahorcados estaban en  
los caminos como un crecimiento fantástico del triste  
pendular de máquinas de relojería.

¿qué atavismo hace a un hombre comer  
el corazón que aún se contrae y dilata en su latir; enterrar  
entre dientes esa carne amorosa, como dicen que pudo El  
Olonés orgulloso en una iglesia de espadas?

amarrar los barcos se tira un gancho hacia el muelle y  
la memoria padece ese esbozo de casas con lámparas que  
palpitan sobre arena fría

retener un corazón para siempre El  
Olonés sería un enamorado eterno deslizar de un  
corazón tocado contra un paladar que el crimen  
manifiesta como luminosidad atravesando un vitró

y luego ese arrastrar de baúles en la explanada tensa  
y la intimidad de los cofres perlas que coagulan en  
terciopelos magros obsceno deslizar de collares en el  
encierro esmeraldas apretadas por un hilo encerado  
el peso de las sedas acumuladas en bodegas turbias de  
moho  
esa mezcla promiscua de lujos y crímenes en el vientre de  
un barco sonámbulo

Los brulotes con sus sombríos barriles de pólvora  
avanzan en la noche con un clavo de fuego enterrado en la  
tabla.

El mar estalla su espuma convulsa. Verrugosos  
crecimientos de corales y algas, se adhieren al casco  
barco de desdichados rostros con un único ojo sombrío  
alzado contra el sol maloliente  
y los lastimados pidiendo ron olvido de esa mano que  
se deshace en el puente alucinados de un barco fijo,  
chalupas con sus tristes bancos que la lluvia alarga,  
aceites de lámparas que la tormenta mezcla con sus raros  
desvíos  
lenta penumbra contra fardos que cubre un turbio  
algodón  
ahora, explicar esas costras, esa costura en el muslo la  
boca apretada en un vidrio ahora explicar esos pómulos  
que la sal ha cavado

¿quién vive? en la noche de barcos ¿quién vive?

¿Quién desata el cordaje que sostiene a los demorados en  
un barco perpetuo?

¿Quién atraviesa, en altas horas, una plaza vacía? a un  
costado la fuente pierde su fúnebre saliva y en el borde de  
un espectro de jazmines; el espectro del hermano  
ahorcado en Maracaibo

¿quién sepulta al hermano en el abismo de aguas rápidas?  
calavera incrustada en telas negras única bandera que  
toca el hueso de los hombres

Piratas de Tortuga Isla para los obstinados  
ningún objeto de la tierra merece que nuestros dedos  
entierren un doblón de plata en boca de banqueros.

Ciudades con sus altas murallas de vidrio en la noche  
de barcos           ¿quién vive?  
constelaciones de estrellas ingratas sobre nuestras cabezas  
rapadas, en el aire de ahorcados   ¿quién vive!  
una híbrida acumulación de minicomponentes en los  
escaparates,  
eso es todo  
y los cantores de zarzuela caídos en un mostrador de  
mármol.

Ya no hay Islas       embrutecidas por el deseo, las  
galápagos rompen su frente contra las vidrieras que  
exhiben un lujo de compactos que cantarán sobre el oído  
de nuestras desdichas su pesado blues, su armónica rara  
quejándose en la piedra de las catedrales.  
Ya no hay Islas     ya no hay nada que merezca una línea  
de sangre  
ya no hay sombras de las sombras de los barcos que el  
rencor echó al mar como un vómito de las tabernas, de los  
muelles de Liverpool, prostíbulos de Marsella, de los  
hospicios de Dúblin   ciudades maliciosas   estopa  
jergones del hambre, la pesadilla, el daño   torturada  
rebanada de pan en una sopa de cebollas   ya no hay  
ciudades.

Ya no hay odio contra el crimen de los Príncipes  
sólo deseos de alcanzar un objeto sintético, girante tras el  
vidrio como un carrusel atrofiado

¿Quién vive en la noche de cabinas ardiendo?  
quién tiene un cuchillo en la media?  
quién entibia una máquina densa en el íntimo bolsillo de

la campera de cuero?

quién vive en la costa de ciudades pálidas como ese lento  
cadáver que no tuvo cuerpo?

quién busca al ángel rubio y le pone una estaca de plomo  
en la frente?

quién entra con altas botas en la Plaza de Maracaibo y  
quita al hermano de la horca; envuelta su triste sangre, su  
carne humillada en patio desolado y lo devuelve a las frías  
aguas rápidas y el rezo de los lastimados que suplican  
ron olvido de esa mano que el puente derrama

¡atrás los remos! ¡atrás los botes en la  
marea alta de los corazones que vuelven a los hoteles a  
pernoctar entre cal amarga!

atrás los huérfanos! atrás los desobedientes en botes  
que el oleaje alza hacia un cielo de un clásico gris de  
dinamita!

Porfiados con sus desdichadas uñas arañando el ojo de  
Dios. No hay nada que mirar debajo de esa boca que habló  
para expulsarnos.

No hay Jardines no hay Islas  
sólo rincones con hombres que tienen sus párpados  
flotando en un cuenco de cerveza.

La velocidad de las avenidas concluye en aguas pardas,  
hinchadas como un golpe  
de Buenos Aires hablo de la niña sonriente en el burdel.  
Nuestras ensoñaciones terminan en el estrecho mirar  
hacia la asfixia del agua donde bogan envases vaciados y  
un fantasmático desplomarse de oxidados cuerpos hacia  
las argollas de petróleo flotante  
costanera de los cobardes  
balcón donde la memoria llora apretando sus delgadas  
rodillas rotas

¡quién vive? quién deambula en la



de fiebre.

Enlutado corsario frente al traje de una mujer maldita.

La desolada Plaza de Maracaibo entre el amor de los  
cuerpos

y un hombre que llora arrojado entre cuerdas

y una mujer que la tormenta hace vana desleída en la  
lluvia alzada en un bote que la ráfaga consume.

No hay olvido no hay Islas  
el perdón come mis uñas galletas húmedas humo de  
astillas verdes.

Caen derrotados los dados en la mesa.

Un estrecho corredor deja mirar la ciudad lejana en su  
abundancia de hoteles donde el asma hierve puñados de  
eucaliptus.

No hay Islas no hay bosques con  
ganado salvaje  
no hay pasión que merezca una línea de tinta  
sólo mercados en veredas angostas sólo imbéciles  
mirando como caen las fichas en máquinas donde la  
derrota es segura llaves en las rajaduras de las puertas,  
escalones de asfalto.

Todo es inundación y mujeres de rápidas piernas en la  
espuma de los colchones.

Hombres de la Tortuga hombres sin  
otra fe que la velocidad de sus navajas  
remos acercados al agua jadeo cavan el agua donde  
el tiburón nada en círculos.

Errabundos fanales de proa alumbran ese espacio mínimo  
renglón que mi mano tensa y es acero que repite una

herida monótona

despiertos bajo un foco blues de los que contuvieron su garganta con el luto de una media

de los llevados a un baldío para llorar, extendidos en un catre de hierro, esa ausencia de goleta que el horizonte pierde como arena en un guante

adiós,

filibusteros que entraron a las ciudades arriando monjas negras con un pálido cuchillo; que pusieron sacos de pólvora en la capucha de los frailes y los hicieron avanzar entre tiendas abandonadas avanzar sobre las piedras de calles angostas y las casas tapiadas, duras de cal, eran una incesante floración de sudarios bordeando explanadas húmedas .

Devoradores asaltando una ciudad perdida arrancando las copas de oro en las iglesias, la dura porcelana de las virgenes muñecas lascivas con largas cabelleras muertas y la tallada madera de los cristos y lo azul del manto incrustado de perlas; arrojados a un fuego más voraz que el Infierno que hierve mas allá de las islas.

Hombres con un rústico fieltro caído sobre la ausencia de un ojo que miró lo suficiente

en habitaciones donde la rapiña se instala desnudas las mesas de sus manteles de hilo crudo el viento morbosos de los trópicos entra por ventanas reventadas y el hambre busca muslos blancos, gargantas españolas.

Muchos días arrastrando cañones de bronce y pesadas cajas de arcabuces a través de la selva los abiertos ojos de la lechuza en el bosque cerrado las sienes insoladas los amputados con el triste muñón envuelto en trapos y todo para lanzar un furioso garfio contra la ciudad

perdida      botín perdido      lengua castellana  
y todo para nada                      ese despertar bajo un sol  
malsano que pudre las maderas y fermenta huevos de  
mosquitos en las ciénagas  
y todo para nada              el barco no está en el agua quieta.  
El barco no supo esperarlos. Se fue con la vajilla de los  
Príncipes  
y todo para nada              Han quedado solos en una ciudad  
extraña .  
Desencajadas, las vigas caen entre un desangrar de flores.  
Las puertas, arrancadas de sus goznes, dejan entrever  
interiores trémulos donde las mujeres se arrastran hacia  
palanganas de un agua intranquila donde flota, inerte,  
una hoja de hiedra  
párpados caídos sobre la traición      hombres absortos, sin  
barco; miran el agua donde el horizonte es fuga  
la boca sucia de ron      el pecho tatuado por la Rosa de los  
Vientos  
abandonados en una ciudad peligrosa; inestable en sus  
consumidas murallas  
alcobas con un hedor a muertos, a humillación.  
Los ojos azules de los caimanes vigilan la debilidad de  
unos hombres que el abandono retiene en una ciudad  
española  
de mantillas rotas en los altares  
de cobardes sin respiración en los sótanos  
la mórbida niebla de los pantanos y la selva que los ciñe  
con el empecinamiento de una mulata  
nada                      una ciudad arrancada de si, entre dedos  
palúdicos.  
Eso es todo.

¡Atrás los botes! ¡atrás las chalupas en  
un mar impasible.

La estática loza del cielo, desganada, se estira sin nubes  
¡atrás las tablas y a los remos! con un  
canto en los labios ¡a quebrar la quietud donde Dios no  
tiene verbo!

Hombres a los remos! oprimir el  
agua que se resigna con espuma en los labios orilla de  
la ciudad saqueada ¡a los remos! pluma desencajada  
pájaro de la traición picoteándoles la frente  
¡a quebrar ese apacible relato de aguas y cielo!. La lengua  
de Dios conoce el ácido de sus cuchillos y no habla en el  
Caribe.

El puerto es sólo una herida de luces en tierra  
remolcadores que guían un navío hemipléjico entre  
túneles líquidos.

No hay Islas no hay costa para los hermanos que  
odiaron.

Sólo camiones frigoríficos atraviesan las rutas heladas.  
Sólo adolescentes que la fiesta consume. Luego aparecen  
en un auto incendiado; las manos atadas por un breve  
corpiño de lacre.

No hay mapas no hay brújulas con el cuadrante roto  
por el calor de los trópicos.

errar incierto entre faros y oleaje Filibusteros  
hombres con un pobre designio en unos pobres barcos  
empujan los remos con un canto entre la oscuridad de los

corazones.

Un golpe de muleta sobre la madera hinchada de los botes.



Final

# ARBOLES ESFUMADOS

a Leonor García Hernando

la veo a Mardou apoyada en el estropeado Plymouth  
y recuerdo que su novelista soñaba con los claros del  
bosque  
pero murió en un hospital  
la veo al dorso de la última página siguiendo el recodo  
del camino  
acosada por un perro que le olfatea los zapatos  
estoy pasando un mal momento memorias  
del novelista muerto en un hospital cuando miro absorto  
por la ventanilla  
estoy pasando un mal momento y ya en abril  
el sol esfuma los árboles del jardín zoológico  
ella probablemente eche el pelo detrás de la oreja y los  
flamencos alisarán sus plumas  
estoy pasando un mal momento finales de lo mismo  
melancólicas armonías.

Pedro Donángelo 3/4/80



## DATOS DE LA AUTORA

Leonor García Hernando (1955-2001)

Integró el Taller Literario Mario Jorge De Lelis, el Grupo Literario Las Cuarenta y en la revista Mascaró tuvo a su cargo las páginas de crítica y publicación de la sección literaria. Publicó los libros de poesía *Mudanzas* (1974), *Negras ropas de mujer* (1987), *La enagua cuelga de un clavo en la pared* (1994), *Tangos del orfanato/Tangos del asesinato* (1999) y *El cansancio de los materiales* (2001). Su obra está inscripta en los hallazgos más viscerales de la historia de nuestra poesía. La oralidad, los cambios de ritmo y la construcción de las imágenes avasallantes dejaron huella en las nuevas generaciones que buscan en su palabra el latido de la Argentina que fue.

Epub Validado: <http://validator.idpf.org/>

EPUB Validator (beta)

Results

Detected version: EPUB 2.0

Results: Congratulations! No problems were found in  
garcia\_hernando\_Tangos\_del\_orfelinato\_Tangos.epub.

